

una política nueva que era preciso crear, acorde con el mundo antiguo sin que estuviera muy desacorde con el ideal revolucionario, una situación en la cual era preciso gastar á Lafayette en defender á Polignac la intuición del progreso transparente bajo la asonada, las cámaras y las calles, las diversas competencias que era menester neutralizar y equilibrar, su fe en la revolución, tal vez cierta especie de resignación eventual nacida de la vaga aceptación de un derecho definitivo superior, su manifiesta voluntad de permanecer siendo de su raza, su espíritu de familia, su sincero respeto al pueblo, su propia honradez, preocupaban á Luis Felipe de una manera casi dolorosa; y en ciertos momentos, por más fuerte y valeroso que él fuese, le abrumaban y confundían bajo la dificultad de ser rey.

Sentía él bajo sus pies una desagregación formidable, que no era sin embargo el desmoronamiento ni el acto de pulverizarse la nación; pues la Francia era entonces más Francia que nunca.

Tenebrosas aglomeraciones, vastos amontonamientos cubrían el horizonte. Una sombra extraña parecía extender poco á poco sus siniestras alas, velando y cubriendo á los hombres, las cosas, las ideas; y aquella sombra provenía de las iras y de los sistemas. Todo aquello que había sido apresuradamente sofocado se removía y fermentaba sin cesar. A veces la conciencia del hombre de bien recobraba su respiración; tan maleado estaba aquel aire donde los sofismas se mezclaban y confundían con las verdades. Los espíritus temblaban en la ansiedad social, como las hojas al acercarse la tormenta. La tensión eléctrica era tal, que en ciertos instantes, el primero que llegaba, un desconocido, alumbraba. Y después volvía todo á cubrirse de oscuridad crepuscular. Por intervalos, profundos y sordos rugidos podían dar á conocer la cantidad de rayo que se contenía en la nube.

Apénas habían transcurrido veinte meses desde la revolución de Julio, y el año 1832 se había inaugurado ya con un aspecto de inminencia y de amenaza. Las escaseces del pueblo, los trabajadores sin pan, el último príncipe de Condé desaparecido en las tinieblas, Brusélas arrojado á los Nassau como París á los Borbones, la Bélgica ofreciéndose á un príncipe francés y dada á un príncipe inglés, el odio ruso de Nicolas, detras de nosotros los demonios del mediodía, Fernando en España, Miguel en Portugal, la tierra temblando en Italia, Metternich extendiendo la mano sobre Bolonia, la Francia mirando bruscamente al Austria desde Ancona; en el norte, cierto ruido siniestro como de un martillo que clava el fétetro en el cual queda sepultada la Polonia, en toda la Europa, miradas de irritación acechando á la Francia, la Inglaterra, aliada sospechosa, pronta á empujar lo que estuviese á punto de caer y á lanzarse sobre lo que cayera, la cámara de los Pares escudándose en Beccaria para rehusar cuatro cabezas á la ley, las flores de lis raspadas en el coche del rey, la cruz arrancada de Nuestra-Señora, Lafayette amenguado, Laffitte arruinado, Benjamin Constant muerto en la indigencia, Casimir Perier muerto en las fatigas y el abatimiento del poder; la enfermedad política y la enfermedad social declarándose á la vez en las dos capitales del reino, la una la ciudad del pensamiento, la otra la ciudad del trabajo; en París la guerra civil, en Lyon la guerra servil; en ambas ciudades el mismo resplandor de hornaza ó de fragua; una púrpura de cráter en la frente del pueblo; el sud fanatizado, el oeste perturbado, la duquesa de Berry en la Vendée, los complots, las conspiraciones, los alzamientos, el cólera, todo esto venía á añadir al sombrío rumor de las ideas el tumulto sombrío de los acontecimientos.

## V

HECHOS DE DONDE EMANA LA HISTORIA Y QUE LA HISTORIA  
IGNORA

Hacia fines de Abril, todo se habia agravado considerablemente. La fermentacion se convirtió en efervescencia. Desde 1830, habia habido acá y acullá ligeras conmociones parciales, muy pronto comprimidas pero tan pronto renacientes, señal infalible de una vasta y subyacente conflagracion. Algo terrible se incubaba. Entreveíanse los lineamentos, poco distintos aún y mal alumbrados, de una revolucion posible. La Francia miraba á París, París miraba al arrabal de San Antonio.

El arrabal de San Antonio, sordamente fogueado, entraba en ebullicion.

Las tabernas de la calle de Charonne estaban, aunque la asociacion de estos dos calificativos parezca singular aplicada á las tabernas, graves y tempestuosas.

Hallábase allí el gobierno, neta y sencillamente, puesto

en cuestion. Discutiase públicamente *la cosa*, es decir, la cuestion que estaba siempre á la órden del día, *de si se habian de batir ó habian de permanecer quietos aún*. Habia allí cuartos interiores, ó trastiendas, donde se hacía jurar á los obreros que se hallarian puntuales y fijos á la cita, reunidos en las calles señaladas, al primer grito de alarma, y que « se batirian sin contar el número de los enemigos. » Una vez adquirido este compromiso, un hombre sentado en un rincón de la taberna « hacía una voz sonora » y decia : *¡Lo oyes! ¡lo has jurado!* Á veces se subian al primer piso, á una habitacion cerrada, donde tenian lugar ciertas escenas casi masónicas ; haciendo prestar al iniciado juramentos *para servirle y auxiliarle así como á los padres de familia*. Tal era la fórmula empleada.

En las salas bajas se leian folletos « subversivos. » Allí zurraban al gobierno, segun se expresa un informe secreto de aquella época.

Oíanse palabras como estas : — *Yo no conozco los nombres de los jefes. Nosotros no sabremos el día sino dos horas antes de la cosa.* — Un obrero decia : — *Nosotros somos trescientos, cada uno ponemos diez sueldos, con lo cual reunimos ya ciento cincuenta francos, para fabricar balas y pólvora.* — Otro decia : *Yo no pido seis meses, ni tampoco pido dos. Antes de quince días estaremos en paralelo con el gobierno. Con veinticinco mil hombres, ya se le puede hacer frente.* — Otro añadia : *Yo no me acuesto, porque paso la noche haciendo cartuchos.* — Devez en cuando, unos señores, « de paisano y con levitas nuevas, » venian, « con gran sigilo y dándose mucho tono, » y con trazas como « de mandar, » daban apretones de manos á los *mas importantes*, y despues se marchaban. Nunca permanecian allí más de unos diez minutos. Cambiábanse en voz baja ciertas frases significativas : — *El complot está maauero, la rosa está ya en sazón.* — « Y esto se susurraba despues entretro-

dos los que estábamos allí, » usando de la expresion empleada por uno de los mismos concurrentes. La exaltacion era tal, que un dia, en medio de la taberna, gritó un obrero : — ¡No tenemos armas! — Á lo cual respondió uno de sus camaradas : — ¡Los soldados las tienen! — parodiando así, sin caer él en la cuenta siquiera, la proclama de Bonaparte al ejército de Italia. — « Cuando tenían algo más secreto que comunicarse, añade un informe, no se lo comunicaban allí nunca. » No se comprende apénas lo que ellos pudieran ocultar, despues de lo que en alta voz se decian, como acabamos de verlo.

Á veces estas reuniones eran periódicas : y en ciertas ocasiones, no se juntaban nunca arriba de ocho ó diez, y siempre eran los mismos. En otras circunstancias, entraba todo el que queria, y la sala se llenaba en tales términos, que era preciso estar de pié. Los unos se hallaban allí por entusiasmo y por pasion; los otros, porque *aquel era su camino para ir al trabajo*. Como en la época de la revolucion, tambien habia en estas tabernas mujeres patriotas que abrazaban á los recién llegados.

Otros hechos expresivos se traslucian también.

Entraba un hombre en una taberna, bebia, y salia diciendo al tabernero : *Amigo mío, lo que se debe, la revolucion lo pagará.*

En casa de un tabernero, frente á la calle de Charonne, se nombraban agentes revolucionarios. El escrutinio se hacia en las gorras.

Varios obreros se reunian en casa de un maestro de esgrima que daba asaltos, en la calle de Cotte. Habia allí un trofeo de armas formado con espadones de palo, bastones, garrotes y floretes. Un dia desbotonaron los floretes. Un obrero decia : — *Somos veinticinco, pero no cuentan conmigo, porque me consideran como una máquina.* — Esta máquina fué despues Quénisset.

Todo lo que allí se premeditaba iba adquiriendo poco á poco cierta notoriedad extraña. Una mujer estaba batiendo la puerta de su casa y decia á otra mujer : — *Hace ya mucho tiempo se trabaja sin levantar mano haciendo cartuchos.*

En medio de la calle se leian proclamas dirigidas á los guardias nacionales de los departamentos. Una de estas proclamas estaba firmada : *Burtot, tabernero.*

Á la puerta de un almacen delicores del mercado Lenoir, hallábase un dia un hombre, que tenia la barba corrida y el acento italiano, sentado sobre un guardacanton, leyendo en alta voz un escrito singular que parecia provenir de un poder oculto. Formáronse grupos al rededor de él y aplaudian. Los pasajes que más impresionaban á la muchedumbre fueron recogidos y anotados. — «... Pónense trabas y » obstáculos á la propagacion de nuestras doctrinas, nues- » tras proclamas son rasgadas, los hombres encargados de » fijarlas en las esquinas son acechados y encarcelados. » «... La crisis que acaba de declararse en los algodones nos ha convertido á muchos del justo-medio. » — «... El porvenir de los pueblos se elabora en nuestras » oscuras filas. » — «... Hé aquí planteados los términos de la cuestion que hoy se debate : accion ó reaccion, revolucion ó contrarevolucion. Pues, en nuestra » época, no se cree ya en la inercia ni en la inmovilidad. » Por el pueblo, ó contra el pueblo ; tal es la cuestion. Y » no hay otra. » «... El dia en que ya nosotros no os con- » vengamos, destituidnos, pero hasta entónces, ayudad- » nos á marchar hácia adelante. » Todo esto en mitad del dia.

Otros hechos, más audaces aún, se hacian sospechosos al pueblo á causa de su misma audacia. El 4 de Abril 1832, un transeunte subió sobre el guardacanton que está en una esquina de la calle de Santa Margarita, y se puso á

gritar : ¡ *Yo soy babouvista* ! Pero bajo el disfraz de Ba-  
beuf el pueblo olfateaba á Gisquet.

Entre otras cosas decia aquel transeunte :

— ¡ Abajo la propiedad ! La oposicion de la izquierda  
es cobarde y traidora. Cuando ella quiere tener razon, se  
pone á predicar revolucion. Es demócrata para no verse  
batida, y realista para no combatir. Los republicanos  
son unos cernicalos. Ciudadanos trabajadores, no os fiéis  
de los republicanos !

— ¡ Silencio, ciudadano polizonte ! gritó un obrero.

Este grito puso fin al discurso.

Acaecian ciertos incidentes misteriosos.

Á la caída de la tarde, un obrero encontraba junto al  
canal á « un hombre bien puesto » que le decia : —  
¿ Adónde vas, ciudadano ? — Caballero, respondia el tra-  
bajador, yo no tengo el honor de conocer á usted. —  
Pues bien, yo te conozco. Y el hombre añadía : — No te-  
mas nada. Yo soy agente del comité. Sospechan de ti, de  
que no eres muy seguro. Tú debes saber muy bien que si  
revelaras algo, no se te pierde de vista. — En seguida  
daba al obrero un apretón de manos y se marchaba di-  
ciendo : — Pronto nos volveremos á ver.

La policía, en continuo acecho, recogía, no ya sólo en  
las tabernas, sino en la calle, diálogos singulares : —  
Hazte recibir pronto, decia un tejedor á un ebanista.

— ¿ Por qué ?

— Porque pronto va á haber tiros.

Otros dos transeuntes andrajosos cambiaban estas no-  
tables réplicas, que rebosan una aparente *jacquerie* :

— ¿ Quién nos gobierna ?

— Monsieur Felipe.

— No, es la bourgeoisie.

Se equivocaría quien creyera que nosotros tomamos la pa-  
labra *jacquerie* en mal sentido. Los *jacques* eran los pobres.

En otra ocasion, se oía que pasaban dos hombres y que  
uno de ellos decia al otro : — Tenemos un buen plan de  
ataque.

De una conversacion íntima entre cuatro hombres  
acurrucados en un foso del redondel de la barrera del  
Tronq, no se pudo retener sino lo siguiente :

— Se hará lo posible para que no vuelva él ya á pa-  
searse por París.

¿ Quién era este *él* ? Oscuridad amenazadora.

« Los principales gejes, » como se los llamaba en el ar-  
rabal, se mantenían apartados, sin dejarse nunca ver.  
Creíase que se reunían para concertarse, en una taberna  
junto á la esquina de San Eustaquio. Un tal Aug. —,  
jefe de la sociedad de Socorros mutuos para los sastres,  
que vivía en la calle de Mondétour, pasaba por servir de  
intermediario central entre los jefes y el arrabal de San  
Antonio. Sin embargo, siempre hubo mucha sombra so-  
bre aquellos jefes, sin que ningun hecho pudiese debili-  
tar la singular altivez de esta respuesta dada en dias  
posteriores por un acusado ante el Tribunal de los pares :

— ¿ Quién era su jefe de usted ?

— *Yo no conocía, ni tampoco reconocía jefe ninguno.*

Todo esto no era apénas aún sino palabras, transpa-  
rentes, pero vagas ; á veces, ciertos propósitos lanzados  
al viento, cuentan, dícese, he oído referir. Otros indicios  
venían despues.

Un carpintero que estaba ocupado, en la calle de Neuilly,  
en clavar las tablas de una empalizada al rededor de un  
terreno donde á la sazón construían una casa, encontró  
en aquel terreno un fragmento de carta rasgada, donde  
aún podían leerse bien las líneas que siguen :

— « .... Es preciso que el comité tome sus medidas, á  
» fin de impedir que se reclute en las secciones para las  
» diferentes sociedades. .... »

Y en post-scriptum :

« Hemos sabido que habia fusiles en la calle del Fau-  
» bourg-Poissonnière, n° 5 (*bis*), en cantidad de cinco á  
» seis mil, en casa de un armero, que está en el patio. La  
» seccion carece de armas »

Lo que hizo que el carpintero, fuertemente impresionado y conmovido, enseñase el papel á sus vecinos, fué que á algunos pasos del sitio en que le habia hallado, encontró tambien otro papel, roto como el primero, y aún más significativo que aquel, cuya configuracion reproducimos aquí, á causa del interes histórico de estos extraños documentos :

Q	C	D	E	<p>Aprended esta lista de memoria. Y despues, rompella. Los hombres admitidos harán lo mismo cuando les hubiereis dado las órdenes oportunas.</p> <p style="text-align: center;">L.</p> <p style="text-align: center;">U og á fe.</p>

Las personas que participaron entónces del secreto de este hallazgo no conocieron sino más adelante la explicacion de esas cuatro mayúsculas, que querian decir : *quinturiones, centuriones, decuriones, exploradores*, y el sentido de estas letras : *u og á fe*, que expresaban una fecha, y querian decir : *15 de Abril de 1832*. Por bajo de cada mayúscula se hallaban inscritos varios nombres seguidos de ciertas indicaciones muy características. Así, por ejemplo. — Q. *Bannerel*. 8 fusiles. 83 cartuchos. Hombre seguro. — C. *Boubière*. 1 pistola. 40 cartuchos. — D. *Rollet*. 1 florete. 1 pistola. 1 libra de pólvora. — E. *Teïssier*. 1 sable. 1 cartuchera. Exacto. — *Terreur*. 8 fusiles. Valiente, etc.

Por último este carpintero halló, siempre en el mismo solar, un tercer papel en el cual estaba escrita con lápiz, pero muy legible, esta especie de lista enigmática.

Unidad. Blanchard : Arbre-Sec, 6.

Barra. Soize. Salle-au-Comte.

Kosciusko. Aubry-le-Boucher ?

J. J. R.

Cayo Graco.

Derecho de revision. Dufond. Four.

Caída de los Girondinos. Terbac. Maubuée.

Washington. Pinson. 1 pist. 86 cart.

Marsellesa.

Sober. del pueblo. Michel. Quincampoix. Sable Hoche.

Marceau. Platon. Arbre-Sec.

Varsovia. Tilly, vendedor ambulante de *El Popular*.

El honrado bourgeois á cuyas manos vino á parar esta lista supo su verdadera significacion. Parece ser, en efecto, que esta lista era la nomenclatura completa de las secciones del cuarto distrito de la Sociedad de los Derechos del Hombre, con los nombres y la indicacion de domicilio de los jefes de seccion. Hoy que todos estos hechos, envueltos en la sombra hasta aquí, pertenecen ya á la historia, se los puede dar á la publicidad. Preciso es añadir aquí sin embargo, que la fundacion de la Sociedad de los Derechos del Hombre parece haber sido posterior á la fecha en que fué hallado este papel. Tal vez no era sino un bosquejo en borrador.

Lo cierto es que, despues de los discursos y de las palabras sueltas, despues de estos otros indicios por escrito, ciertos hechos materiales comenzaban ya á dejarse traslucir.

En casa de un mercader de muebles viejos que tenia el baratillo en la calle de Popincourt, hallaron en el cajon

de una cómoda siete hojas de papel de estraza todas igualmente plegadas á lo largo y en cuatro pliegues ; estos papeles recubrían veintiseis cuadrados de este mismo papel de estraza plegados en forma de cartucho, y una papeleta en la cual se leía lo siguiente :

Salitre, 12 onzas.  
Azufre, 2 onzas.  
Carbon, 2 onzas y média.  
Agua, 2 onzas.

Al hacer el embargo de esto, se consignó en el acta ó proceso verbal el hecho de que el cajon exhalaba un fuerte olor á pólvora.

Un albañil que, despues de terminar el trabajo de su jornada, se volvía á su casa, dejó olvidado un paquetito sobre un banco junto al puente de Austerlitz. Este paquete fue llevado al cuerpo de guardia inmediato. Abrieronle, y hallaron en él dos diálogos impresos, firmados *Lahautière*, una cancion intitulada : *Obreros, asociaos*, y una caja de hoja de lata llena de cartuchos.

Un obrero que estaba bebiendo con un camarada le hacia tentar para probarle que tenía mucho calor. Lo que el compañero tentó fué una pistola que el otro llevaba bajo la blusa.

En un foso del boulevard exterior, entre el Père Lachaise y la barrera del Trono, en el sitio más desierto, jugando unos muchachos descubrieron bajo un monton de virutas, mondaduras y escorias, un saco que tenía un molde para hacer balas, un taladro de madera para hacer cartuchos, una gamella en la cual había granos de pólvora de caza, y una pequeña marmita de hierro colado cuyo interior ofrecía trazas evidentes de plomo derretido.

Penetrando de improviso unos agentes de policia, á las cinco de la mañana, en casa de un tal Pardon, que más adelante fué seccionario de la seccion Barricada-

Merry y se hizo matar en la insurreccion de Abril de 1834, le hallaron de pié junto á la cama, teniendo en la mano unos cartuchos que estaba él entónces haciendo.

Á la hora en que suelen reposar los obreros, viéronse pos hombres que se encontraron entre la barrera de Picpus y la barrera de Charenton, en una ronda estrecha, entre dos paredes, cerca de una taberna á cuya puerta había un juego de siam. Uno de ellos sacó de debajo de su blusa una pistola que entregó al otro. En el momento de dársela, notó que la transpiracion de su pecho había comunicado alguna humedad á la pólvora. Cebó la pistola y añadió pólvora á la que había ya en la cazoleta. En seguida, los dos hombres se separaron.

Un tal Gallais, á quien mataron despues, en la calle de Beaubourg, en los sucesos de Abril, se vanagloriaba de tener en su casa setecientos cartuchos y veinticuatro piedras de chispa.

Un dia recibió el gobierno aviso de que acababan de distribuir armas en el arrabal, con doscientos mil cartuchos. La semana siguiente se distribuyeron treinta mil cartuchos más. Cosa notable, la policia no logró apoderarse de nada de esto. En una carta que fué interceptada se leía lo que sigue : — « Yo está ya léjos el dia en que, en ménos de » cuatro horas, aparezcan ochenta mil hombres arma- » dos. »

Toda esta fermentacion era pública, y aún casi pudiera decirse tranquila. La insurreccion inminente aprestaba su borrasca con calma y serenidad, á la vista del gobierno. Ninguna singularidad faltaba á aquella crisis todavía subterránea, pero perceptible ya. Los bourgeois, los amos de las fábricas y talteres, hablaban tranquilamente á los obreros de lo que se estaba preparando. Se preguntaba . ¿Cómo va la revolucion? en el mismo tono en que se habría preguntado : ¿Cómo está tu mujer?

Un mercader de muebles, de la calle de Moreau, les decía: — ¿Y bien, cuándo atacáis?

Otro tendero se expresaba de este modo:

— Vais á atacar ya pronto, bien lo sé. Hace un mes erais quince mil, ahora sois veinticinco mil.

Y ofrecía él su fusil, mientras que un vecino suyo ofrecía un cachorrillo que quería vender por siete francos.

Por lo demas, la fiebre revolucionaria iba tomando una extension inmensa. Ningun punto de París ni de la Francia se hallaba exento de ella. La arteria latía en todas partes. Á la manera de esas membranas que nacen de ciertas inflamaciones y se forman en el cuerpo humano, la red de las sociedades secretas empezaba á extenderse por el país. De la asociacion de los Amigos del pueblo, pública y secreta á la vez, nacia la Sociedad de los Derechos del Hombre, la cual fechaba de este modo una de sus órdenes del día: *Pluvioso, año 40 de la era republicana*, que debía sobrevivir aún á las sentencias del tribunal de audiéncia pronunciando su disolucion, y que no vacilaba en dar á sus secciones nombres tan significativos como estos:

*Espadas.*

*Rebato.*

*Cañon de alarma.*

*Gorro frigio.*

*21 de Enero.*

*Los Descamisados.*

*Los Truhanes.*

*Marchad adelante.*

*Robespierre.*

*Nivel.*

*Esto marchará (Ca ira).*

La Sociedad de los Derechos del Hombre engendraba á la Sociedad de Accion, la cual se componia de los impacientes qua se destacaban de la primera y corrían delante. Del

mismo modo procuraban reelutarse otras muchas asociaciones en las grandes sociedades matrices. Los seccionarios se quejaban de hallarse siempre hostigados por la impaciencia. Así, por ejemplo, tuvieron origen *la sociedad Gaudioise y el comité organizador de las municipalidades*. Así las asociaciones para *la libertad de imprenta*, para *la libertad individual*, para *la instruccion del pueblo*, y *contra los contribuciones indirectas*. Despues venia la sociedad de los Obreros de la Igualdad (*Égalitaires*), que se dividía en tres fracciones, los *égalitaires*, los comunistas y los reformistas. Ademas habia, el Ejército de las Bastillas, especie de cohorte organizada militarmente, cuatro hombres mandados por un cabo, diez por un sargento, veinte por un subteniente, cuarenta por un teniente; sin que hubiera nunca en ella más de cinco hombres que se conociesen entre sí como asociados. Creacion cuyas precauciones estaban combinadas con la audacia, y que parecia una obra del genio de Venecia. El comité central, que era la cabeza, tenía dos brazos, la sociedad de Accion y el Ejército de las Bastillas. Una asociacion legitimista, los Caballeros de la Fidelidad, se removía y se agitaba en medio de todas estas afiliaciones republicanas. Pero era conocida, y estaba denunciada y repudiada.

Las sociedades parisienses tenían sus ramificaciones en las principales ciudades de Francia. Lyon, Nántes, Lila y Marsella tenían su sociedad de los Derechos del Hombre, los Carbonarios, los Hombres libres. Aix fundó una sociedad revolucionaria que se llamaba la Cogurda (*Cougourde*), cuyo nombre hemos pronunciado ya anteriormente.

En París, el arrabal de Saint-Marceau no se removía y agitaba ménos que el arrabal de Saint-Antoine, y el barrio de las escuelas no cedia tampoco á aquellos en ese movimiento y en esa agitacion snbterránea. Un café de la calle de Saint-Hyacinthe y el *estaminet* de los Siete Billares, en

la calle de Mathurins-Saint-Jacques, servían de puntos de reunion á los estudiantes. La sociedad de los Amigos del A B C, afiliada á los mutualistas de Angers y á la Cogurda de Aix, se reunía, como lo hemos visto, en el café Musain. Estos mismos jóvenes se congregaban también, según hemos dicho en otra ocasión, en una fonda-taberna que había junto á la calle de Mondétour llamada Corinto. Estas reuniones eran secretas. Otras se hacían tan públicas como era posible, y puede formarse una idea de aquellos actos de osadía por el siguiente fragmento de un interrogatorio sufrido en uno de los procesos ulteriores: — ¿Dónde tuvo lugar esa reunion? — En la calle de la Paz. — ¿En casa de quién? — En medio de la calle. — ¿Qué secciones se hallaban presentes? — Una sola. — ¿Cuál de ellas? — La sección Manuel. — ¿Quién era el jefe? — Yo. — Usted es demasiado joven para que haya tomado enteramente solo el grave partido de atacar al gobierno. ¿De dónde recibía usted las instrucciones? — Del comité central.

El ejército estaba minado, tanto como el pueblo, según lo probaron más adelante los movimientos de Beford, de Luneville y de Epinal. Se contaba con el regimiento 52.º, con el 5.º, con el 8.º, con el 37.º, y con el 20.º de ligeros. En Borgoña y en las ciudades del mediodía se plantaba el *árbol de la Libertad*. Es decir un palo coronado de un gorro frigio.

Tal era la situación.

Más bien que ningún otro grupo de la capital, el arrabal de San Antonio, según hemos dicho al principio, era el que acentuaba esta situación, haciéndola sensible en extremo. Allí era donde estaba fijo el dolor de costado.

Aquel antiguo arrabal, poblado como un hormiguero, laborioso é irritable como una colmena, se estremecía en la expectativa y en el deseo de una conmoción. Todo el mundo se agitaba allí, sin que por eso sufriera la menor

interrupción el trabajo. Nada puede dar una idea exacta de aquella fisonomía sombría y vivaz. Hay en ese arrabal lamentables miserias y angustias ocultas bajo el tejado de sus guardillas; también hay allí raras y ardientes inteligencias; y no hay extremos más peligrosos al tocarse que estos extremos de la inteligencia y de la miseria.

El arrabal de San Antonio tenía aún entonces otros motivos de conmoción y de alarma; pues él es el primero que sufre siempre las tristes consecuencias de las crisis comerciales, de las quiebras, de la penuria, del pánico, de la falta de trabajo, inherentes á los grandes movimientos políticos. En tiempos de revolución, la miseria es á la vez causa y efecto. El golpe que ella da, le viene después encima de rechazo. Aquellas grandes masas populares, llenas de noble y altiva virtud, capaces en el más alto grado de calórico latente, dispuestas siempre á empuñar las armas, prontas á la explosión, irritadas, profundas, minadas, parecía que no esperaban sino la caída de una chispa, de una pavesa encendida. Siempre que vemos ciertos meteoros ígneos, ciertas centellas errantes y flotando en el horizonte, lanzadas por el viento de los sucesos, no podemos menos de traer á la memoria el arrabal de San Antonio, y el formidable azar que ha colocado á las puertas de París ese polvorín de sufrimientos y de ideas.

Las tabernas del arrabal Antonio, que se han diseñado más de una vez en el bosquejo que acaba de leerse, tienen una notoriedad histórica. En tiempo de disturbios, se embriagan allí de palabras, más que de vino. Cierta especie de espíritu profético y un esluvio de porvenir circula allí, que ensancha los corazones y engrandece las almas.

Las tabernas del arrabal Antonio se asemejan á aquellas *tabernæ vinariæ* del monte Aventino construidas en el antro de la Sibyla y que comunicaban con los profun-



dos hálitos sagrados; tabernas cuyas mesas eran una especie de trípodes, y donde se bebía lo que Ennio llama *el vino de las sibylas*.

El arrabal de San Antonio es como un receptáculo, un depósito de pueblo. El sacudimiento revolucionario forma en él hendiduras por donde penetra la soberanía popular. Esta soberanía puede obrar mal; pues ella se equivoca, como cualquiera otra; pero aún en sus extravíos, siempre se ostenta grande. De ella puede decirse como del ciclope ciego, *Ingens*.

En 93, según que la idea que flotaba era buena ó mala, según que era el día del fanatismo ó del entusiasmo, destacábanse del arrabal de San Antonio, ora bandadas salvajes, ora legiones heroicas.

Salvajes. Expliquemos esta palabra. Aquellos hombres de cabello erizado que, en los días genesiacos del caos revolucionario, andrajosos, desarrapados, feroces, aullando, con la pica elevada y levantada la maza, se lanzaban frenéticos sobre el viejo París trastornado y revuelto, ¿qué es lo que querían? Querían el fin de las opresiones, el fin de las tiranías, el fin del sable, el trabajo para el hombre, la instrucción para el niño, la benignidad social para la mujer, la libertad, la igualdad, la fraternidad, el pan para todos, la idea para todos, la Edenisación del mundo, el Progreso; y esta cosa santa, buena y dulce, el progreso, llevados ya al extremo, fuera de sí, la reclamaban ellos de un modo terrible, medio desnudos, con la maza en el puño y el rugido en la boca. Eran salvajes, sí; pero eran los salvajes de la civilización.

Proclamaban con furia el derecho; querían, aún cuando fuese por medio del terror y del espanto, forzar al género humano al paraíso. Parecían bárbaros y no eran sino libertadores. Reclamaban la luz con la máscara de la noche.

Frente á estos hombres, feroces, convenimos en ello, y espantosos, pero espantosos y feroces para el bien, hay otros hombres, sonriendo siempre, bordados, dorados, constelados y engalanados de cintas y perifollos, con medias de seda, plumas blancas, guantes amarillos y zapatos de charol, quienes, apoyados de codos en una mesa recubierta de terciopelo, junto á una chimenea de mármol, insisten, muy serenos y tranquilos, por la conservación del régimen pasado, de la edad média, del derecho divino, del fanatismo, de la ignorancia, de la esclavitud, de la pena de muerte, de la guerra, glorificando á média voz y con la mayor finura y cortesía, las proezas del sable, de la hoguera y del cadalso. Por lo que hace á nosotros, si nos viéramos obligados á optar entre los bárbaros de la civilización y los civilizados de la barbarie, elegiríamos los bárbaros.

Pero, gracias al cielo, es posible aún otra elección. Ninguna caída á plomo es necesaria, ni hácia adelante ni hácia atrás. Ni despotismo, ni terrorismo. Nosotros queremos el progreso, en un suave y dulce declive.

Dios provee á esto. La suavidad de las pendientes y declives constituye toda la política de Dios.

## VI

### ENJOLRAS Y SUS TENIENTES

Por este tiempo, con corta diferencia, Enjolras, en la prevision de algun acontecimiento posible, hizo una especie de censo ó empadronamiento misterioso.

Todos se hallaban reunidos en conciliábulo en el café Musain.

Mezclando con sus palabras algunas metáforas medio enigmáticas, pero significativas, dijo Enjolras:

— Conviene saber cuántos somos, y con quiénes se puede contar. Si se necesitan combatientes, será menester formarlos. Es preciso tener con qué sacudir. Esto nunca estará demas. Los transeuntes tienen siempre más probabilidades de sufrir algunas cornadas cuando hay baeyes á su paso que cuando no los hay. Por consiguiente, vamos á contar el ganado. ¿Cuántos somos? No se trata de aplazar este trabajo para mañana. Los revo-

lucionarios deben estar siempre de prisa; el progreso no tiene tiempo que perder; desconfiemos siempre de lo inesperado. No nos dejemos sorprender y coger al desprovisto ó desprevenidos. Es menester ir pasando la vista por todas las costuras que hemos hecho, y examinar su consistencia y solidez. Este es asunto que debe quedar hoy completamente terminado. Courfeyrac, tú te encargarás de ver á los potytécnicos. Es día de salida para ellos; hoy es miércoles. Feuilly, usted verá á los de la Glacière, ¿no es verdad? Combeferre me ha prometido que irá á Picpus. Allí hay todo un hormiguero excelente. Bahorel visitará la Estrápade. Prouvaire, los albañiles parecen tibios de algun tiempo á esta parte; tú nos traerás noticias de la logia de la calle de Grenelle-Saint-Honoré. Joly irá á la clínica de Dupuytren, y tomará el pulso á la Escuela de medicina. Bossuet dará una vueltecita por el palacio de justicia, y conversará con los pasantes de abogado. Yo me encargó de la Cogurda.

— ¿Y está ya todo arreglado? dijo Courfeyrac.

— No.

— ¿Pues qué es lo que falta aún?

— Una cosa muy importante.

— ¿Qué cosa? preguntó Combeferre.

— La barrera del Maine, contestó Enjolras.

Enjolras permaneció un momento como absorto en sus reflexiones, y despues continuó:

— En la barrera del Maine, hay picapedreros, marmolistas, pintores, los prácticos de los talleres de escultura. Es una familia entusiasta, pero un tanto propensa á la tibieza. No sé lo que les pasa. Parece que piensan en otra cosa. Diríase que se apaga el fuego de su patriotismo. Pasan el tiempo en jugar al dominó. Urge mucho el ir á hablarles algo, y de firme. En casa de Richefeu es donde se reunen. Allí se los hallará entre doce y una del día.

Es menester soplar sobre aquellas cenizas. Para eso habia ya contado con ese distraido de Marius, que á pesar de todo es un buen chico, pero que ya no viene por aquí. Necesitaria álguien para la barrera del Maine, y no me queda ya nadie.

— ¿Pues y yo? dijo Grantaire, aquí me tienes á mí.

— ¿Tú?

— Yo.

— ¡Tú, adoctrinar republicanos! ¡tú, foguear, enardecer, en nombre de los principios, unos corazones entibiados!

— ¿Y por qué no?

— ¿Es que puedes tú ser bueno para algo en este mundo?

— Yo tengo, sin embargo, la vaga ambicion de poder ser útil, dijo Grantaire.

— Tú no crees en nada.

— Creo en ti.

— ¿Grantaire, quieres hacerme un servicio?

— Todos. Limpiarte las botas.

— Pues bien, no te mezcles en nuestros asuntos.

Duerme tu borrachera.

— Eres un ingrato, Enjolras.

— ¡Serías tú hombre para ir á la barrera del Maine! ¡Habrias de ser tú capaz!...

— Yo soy capaz de bajar á la calle de Grès, de atravesar la plaza de San Miguel, de oblicuar por la calle de Monsieur-le-Prince, de tomar la calle de Vaugirard, de ir más allá de los Carmelitas, de girar á la derecha por la calle de Assas, de llegar á la calle de Cherche-Midi, de dejar atrás el Consejo de guerra, de medir en cuatro trancos la calle de las Vieilles-Tuileries, de atravesar de un salto el boulevard, de seguir la calzada del Maine, de pasar la barrera, y de entrar en casa de Richefeu. Soy capaz de todo esto. Mis zapatos son tambien muy capaces

— ¿Es que conoces algo á aquellos camaradas que se reunen en casa de Richefeu?

— No mucho. Nos tuteamos solamente.

— ¿Y qué es lo que les dirás?

— ¡Pardiez! les hablaré de Robespierre, de Danton, de los principios.

— ¡Tú!

— Yo. ¡Pero si á mí no se me hace justicia! Cuando yo pongo manos á la obra, soy terrible. He leído á Prudhomme, conozco el Contrato social, me sé de memoria la constitucion del año dos. « La Libertad del ciudadano » concluye donde empieza la Libertad de otro ciudadano. » ¿Por ventura me crees tú algun bruto? tengo en el cajon de mi mesa un antiguo asignado. ¡Los Derechos del Hombre, la soberanía del pueblo, caramba! ¡ahí es nada! Y áun soy tambien algo hebertista. Ya podré yo espetarles y machacarles, por espacio de seis horas, reloj en mano, cosas estupendas.

— Trata de ser formal, dijo Enjolras.

— Yo soy montaraz, bravío, respondió Grantaire

Enjolras se puso á cavilar algunos segundos, é hizo por último el gesto del hombre que adopta un partido.

— Grantaire, dijo con gravedad, consiento en ensayarte. Irás á la barrera del Maine.

Habitaba Grantaire un cuarto amueblado muy cerca del café Musain. Salió, y al cabo de cinco minutos ya estaba de vuelta. Habia ido á su habitacion á ponerse un chaleco á la Robespierre.

— Rojo, dijo al entrar y mirando fijamente á Enjolras.

En seguida, de una palmada enérgica, apoyó sobre su pecho las dos puntas de su chaleco de grana.

Y, acercándose á Enjolras, le dijo al oído

— Descuida.

Se caló el sombrero resueltamente, y se marchó.

Un cuarto de hora despues, la sala interior del café Musain estaba desierta. Todos los Amigos del A B C se habian ido, cada uno por su lado, á emprender su tarea. Enjolras, que se habia reservado la Cogurda, fué el último quesalió.

Los asociados de la Cogurda de Aix que se hallaban en París se reunian entónces en la llanura de Issy, en una de las canteras abandonadas que tanto abundan en aquel sitio.

Miéntas que iba caminando hácia aquel punto de cita y de reunion, Enjolras iba tambien pasando revista á la situacion. La gravedad de los acontecimientos era evidente y manifiesta. Cuando los hechos, prodromos de una especie de enfermedad social latente, se mueven de una manera torpe y pesada, la menor complicacion los detiene como embargados en un atolladero. Fenómeno del cual provienen los hundimientos y los renacimientos. Enjolras entreveia una luminosa aparicion entre los pliegues tenebrosos del porvenir. ¿Quién sabe? tal vez se acercaba ya el momento. El pueblo recobrando de nuevo sus derechos, ¡ qué hermoso espectáculo ! la revolucion volviendo á tomar majestuosamente posesion de la Francia, y diciendo al mundo : ¡ Se continuará mañana ! Enjolras estaba contento. La hornaza daba calor. En aquel mismo instante, tenía él un reguero de pólvora de amigos esparcido por todo París; éiba componiendo, en su pensamiento, con la elocuencia filosófica y penetrante de Combeferre, el entusiasmo cosmopolita de Feuilly, el númen feliz de Courfeyrac, la risa simpática de Bahorel, la dulce melancolia de Juan Prouvaire, la ciencia profunda de Joly y los punzantes sarcasmos de Bossuet, una especie de centelleo y de chisporroteo eléctrico, prendiendo fuego á la vez, un poco en todas partes. Todos estaban manos á la obra. Deseguro que el resultado correspondiera á los esfuerzos. Pareciale pues que la cosa marchaba bien. Esto le hizo pensar en Grantaire. — Á propósito, dijo para sí, la barrera del Maine se halla casi en mi camino. ¿ Y

si me llegara hasta á casa de Richefeu? Vamos á ver un momento lo que hace Grantaire, y qué es lo que ha adelantado.

La una estaba dando en el campanario de Vaugirard cuando llegó Enjolras al fumadero de Richefeu. Empujó la puerta, entró, cruzóse de brazos, dejando tras sí caer la puerta sobre sus espaldas, y en esta postura se quedó mirando el interior de aquella pieza llena de mesas, de hombres y de humo.

Una voz sobresalia en aquella bruma, vivamente cortada por otra voz. Era Grantaire dialogando con un adversario que habia encontrado allí.

Grantaire estaba sentado, frente á otra figura, junto á una mesa de mármol de Santa Ana jaspeado, constelada de dominós, y sacudia fuertes puñadas sobre aquel mármol. Hé aquí lo que oyó Enjolras :

— Doble seis.

— El cuatro.

— ¡ El puercó ! ya no tengo

— Estás fuera. El dos.

— El seis.

— El tres.

— El as.

— Á mí me toca poner.

— Cuatro puntos.

— Con mucha dificultad.

— Ahora te toca á ti.

— He cometido una falta enorme.

— Vas bien.

— Quince

— Siete más.

— Ya me hacen veintidos. (Cavilando.) ¡ Veintidos !

— Tú no esperabas el doble seis. Si yo le hubiera puesto al principio, habria cambiado todo el juego.

- El mismo doble.  
 — El as.  
 — ¡El as! Pues bien, el cinco.  
 — No tengo.  
 — ¿Creo que eres tú quien has puesto?  
 — Sí.  
 — El blanco.  
 — ¡Qué suerte tiene! ¡Ah! ¿conque tienes suerte?...  
 (Larga cavilacion.) El dos  
 — El as.  
 — Ni cinco ni as. Esto es cargante para la  
 — Dominó.  
 — ¡Por vida del Dios Baco!

## LIBRO SEGUNDO

## E P O N I N A

## I

## EL CAMPO DE LA CALANDRIA

Marius habia asistido al inesperado desenlace de la emboscada en cuyas huellas habia él puesto á Javert; pero apenas salió este de la casucha Gorbeau, llevándose sus prisioneros en tres fiacres, cuando Marius á su vez se escurrió fuera de la casa. Aún no eran más de las nueve de la noche. Marius se dirigió á casa de Courfeyrac. Courfeyrac no era ya el imperturbable morador del barrio latino; habia ido á habitar en la calle de la Verrerie « por razones políticas; » este barrio era uno de aquellos en que la insurrección se